

víctima de tal obediencia. Los soldados no se movieron y Maximiliano de Este, echando espumarajos, volvió á sus aposentos de la Hofburg. Contaba ya el alférez con las peores consecuencias por lo sucedido cuando ocho días más tarde publicó el *Diario Oficial* la nota siguiente :

« El valiente que durante el servicio del 1° de Marzo evitó una catástrofe negándose dos veces seguidas á obedecer la orden que le intimaba disparar sobre la muchedumbre, y que luego se colocó frente á la boca de un cañón asegurando que si sus cañoneros disparaban, él sería la primera víctima, ese valiente se llama el alférez Juan Pollet. »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRO QUINTO

LA PROMETIDA DEL PRÍNCIPE ROJO

I

LA PRISIÓN DE LA CALLE DE LA ESTRELLA

Cuando se atravesaba la Hofburg y se pasaba por la calle de los Judíos, encontraba uno á mano izquierda una estrecha y sucia callejuela llena de charcas fétidas y no muy adelante se divisaba una vieja construcción siniestra en el fondo de una calle tapada : era la prisión de la calle de la Estrella. Victor Tissot hace la siguiente descripción de una prisión de la Estrella semejante en todas sus partes á la que nos ocupa y que está situada en Austrasia, lo cual es preciso no olvidarlo : « Estrechas ventanas con barrotes negros y macizos dan vista sobre los techos de las casas vecinas. Entre un muro de tres pies de espesor ábrese lúgubramente una puerta enorme y siniestra, pintada de blanco y negro. La desnudez de la fachada, el frío silencio que la envuelve, la gran sombra de claustro que dibuja sobre la calle y el involuntario sentimiento de repulsión que se experimenta al contemplarla, os indican de

antemano que es aquello un receptáculo de crímenes y miserias, un desagadero de las turbias aguas que anegan á la gran ciudad. No es menos siniestro el recinto de aquella prisión. Los largos corredores embovedados, casi sumergidos en la oscuridad, mudos y húmedos, donde resuenan las pisadas como sobre lápidas mortuorias y que se alargan sin fin hasta perderse en la noche recuerdan la primitiva y claustral destinación que se le dió á esa fábrica triste en entristecedora; sólo en 1783 convirtiósese la prisión de Dios en prisión de los hombres. »

Aquella prisión de la calle de la Estrella corresponde un poco, por su objetivo, al « Dépôt » francés. Los que á allí llevan, son conducidos con objeto de sufrir una primera detención mientras la justicia ó la policía deciden de su suerte. Hay allí simples vagabundos y terribles bandidos. Ordinariamente no encarcelan allí sino á sujetos inculpados de delitos ó crímenes de derecho común. La política tiene sus prisiones en otro lugar. Pero cuando se halla turbado el orden público como durante la época que nos ocupa, conducen á la prisión de la Estrella á todo el que cae en las manos de los soldados ó de los agentes de policía. Y como los calabozos de esa prisión eran profundos y sólidas sus verjas, no debe extrañarnos que condujeran á allí á los conjurados de la Bodega detenidos en manada en la capilla de la corte. Con efecto, la cárcel se hallaba situada junto al Burg y en ella encarcelaron á Reginaldo.

Dispensáronle el honor de colocarlo en una celda especial. En ella pasó el resto de la noche agitado por las más siniestras reflexiones. Sin embargo poco pensaba en la evidente traición de que fué víctima y en la triste suerte que le esperaba; el destino de Myrrha le

preocupaba mucho más. Pero sobre todo aferrábase locamente su pensamiento en la aparición de Stella, ó mejor dicho en la aparición de aquella á quien tomó por Stella en el coro de la capilla, en momentos en que Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo se preparaban á destrozarnos. Y Stella era Regina!... O mejor dicho, no... Regina no era Stella; « la colchonerita » no podía ser la hija del Rey de Carintia. Aquello era absurdo! ¿La Reina del Aquelarre, su esposa según la gitanería, á la manera y costumbre de la Puerta de Hierro, la que mandaba las hordas errantes de la nación vagabunda, había de ser la nieta del emperador Francisco, la prometida del Príncipe Rojo? Nunca! Preciso era reir de suposición tan truculenta y estúpida!

Pero Reginaldo no reía; sentado en su camastro de madera, con las cadenas en los pies, encontrólo sombrío el día... un día opaco que se filtraba por los enrejados tragaluces y dejaba ver unos muros verdosos y húmedos.

Examinó los objetos que lo rodeaban y murmuró en voz alta:

— Me hallo en el fondo de las catacumbas y ni Stella ni Regina vendrán á buscarme á aquí!...

En aquel momento oyó unas pisadas lentas que se acercaban por el corredor; luego quitaron los cerrojos de la puerta y apareció un carcelero.

Traía el almuerzo del prisionero compuesto de una sopa en una vasija de hierro, una cántara de agua y un pan negro.

El carcelero hizo resonar las llaves, no pronunció palabra alguna, no miró siquiera al prisionero y fuése después de cerrarlo todo tras él muy cuidadosamente.

Reginaldo tenía hambre, levantó la vasija y con una cuchara atada con una cadenita, empezó á tomar la

sopa, que le pareció de color y sabor poco apetitosos. Abandonóla y tomó el pan negro que partió con excesiva dificultad y que le produjo gran asombro, pues sus manos tropezaron con un papel que decía : « Reginaldo mío, si se te presenta la ocasión, por extraordinaria que te parezca, de salir próximamente de la cárcel, procúretela quien te la procure, acéptala. Ello es preciso. » No traía firma pero reconoció la letra y el sello del *Reloj Rojo*, el sello de los « dos y cuarto » : un disco de reloj con los punteros colocados en la hora precisa.

Stella! fué el primer nombre que le vino á los labios; Stella velaba por él. Stella le salvaría! Stella!...

Y pensó en Regina.

Luego volvió á examinar el papel.

« No hay duda de que si la ocasión de salir se me presenta, ofrézcamela quien me la ofreciere, decíase á sí mismo Reginaldo con escéptica sonrisa, no habré de desperdiciarla!... » Y reflexionó luego que en cualquier forma que le llegara la libertad, sería enviada por Stella y propúsose vigilar, escuchar todos los ruidos que se produjeran en su derredor, espiar todas las miradas y todos los ademanes. Sin duda vendrían á buscarle al calabozo y conducirlo ante un magistrado.

Allí le interrogarían y seguramente ese sería el momento de no hacerse el dormido ó por lo menos de no dormirse.

Mas probablemente ningún magistrado manifestó deseos de conocer á Reginaldo en aquel día, porque no vinieron á buscarle y permaneció en su calabozo, donde pasó el día de muy insípida manera. El joven bebió agua, rechazó por la noche la segunda sopa que le trajeron tan nauseabunda como la primera, pero en

cambio mostró mucho apetito por el pedazo de pan negro que le trajo el carcelero.

Mas ¡ay! en esta ocasión no encontró correspondencia alguna.

El carcelero continuó desempeñando sus funciones con notable indiferencia sin hacer caso alguno del prisionero. Dirigióle Reginaldo la palabra pero no le contestó; quizás era sordo.

Al día siguiente por la mañana vióse obligado el joven á comerse el pan á secas y ya empezaba á desesperar, no precisamente por el régimen á que lo tenían sometido y por su suerte personal, que esperaba con ánimo resuelto, sino á causa de Myrrha, de quien no tenía noticias. Y aunque bien es cierto que nada faltaría á su hermana mientras « la colchonerita » estuviese en libertad y pudiese subvenir á sus necesidades, no podía dejar de hallarse penosamente impresionado por tal absoluta claustración que lo mantenía totalmente ignorante de cuanto ocurría á los seres más caros para él.

El estado de espíritu de Reginaldo era de los más penosos cuando se abrió la puerta del calabozo, no para dar paso al carcelero sino á un « señor » de severo aspecto y vestido decente que muy bien podía ser el director de la prisión, pues llevaba en las manos un pesado manajo de sólidas llaves.

Aquel sujeto respetable se inclinó para dar paso á una joven del sexo amable, cuyo aspecto decente y ligeramente entristecido (como conviene á una auténtica representante de la caridad en visita de prisioneros, enfermos ó locos) despertó enseguida la curiosidad de Reginaldo. De un salto púsose en pie y le fué imposible disimular la gran emoción que le produjo la presencia de « la colchonerita ».

Fuè tan brusco el ademán del joven que el director de la prisión, pues en realidad lo era, lanzóse á proteger á la visitante contra un posible ataque del prisionero. Mas tranquilizóse enseguida porque Reginaldo, con el pecho jadeante, recobró su actitud inmóvil y puso á escuchar á ese sujeto que trataba con tanta deferencia á la visitante (le daba tratamiento de princesa) recomendándole no se aproximara demasiado del prisionero, pues le habían advertido que era el más peligroso de cuantos le trajeron la noche antepasada.

El joven, jadeante, pensaba : « Es ella !... Es ella ! Es la princesa de la Capilla de los Muertos, la Reina del Aquelarre, mi Stella ! No me engañaba. Es ella *sola* ! Es *dos* y es *una* y es *la mía* ! Es *mía* y viene á salvarme !... » Cerró los ojos como para no revelar la alegría que le desbordaba del corazón, pues no quería acordarse siquiera de aquellas palabras dirigidas por la princesa al Príncipe Rojo. *Puesto que era ella, sólo á él amaba !*

Cerró pues los ojos para no verla pero tendió el oído para escucharla. Interrogóle ella sobre la vida ordinaria de los prisioneros y él se estremeció sintiendo que por el semblante le caían gotas de helado sudor.

No era la misma voz !... No, no era la misma voz !... Era muy parecida... muy ínfima era la diferencia y quizás alguien « que no amase » no lo advertiría... pero persona que amase como él amaba, con toda su alma y todos sus oídos, advertía al momento que no era la misma voz !... No, no era la voz de Stella ! No era Stella !

Y abrió de nuevo los ojos. Y parecióle entonces que aquella princesa que lo había salvado y que quizás venía á salvarlo de nuevo no era sino una princesa vulgar, puesto que no era Stella. Púsose á establecer la dese-

mejanza de la cabellera, exagerando la diferencia de la voz y pensando con cierta inquietud porque esa joven había experimentado deseo de verle, y porque se mezclaba en cosas que no le importaban. Interrogóle ella de nuevo sin que él se dignase contestarle á pesar de las amonestaciones del « Herr director ».

La puerta de la celda había permanecido entreabierta, pues no temían que pudiera fugarse Reginaldo con las cadenas que le ataban los pies. Una voz grave y un tanto cascada llamó á la princesa. Esta volvió la cabeza y dijo :

— ¿ Sois vos, Orsova, por dónde andabais ?

Entró á la celda una vieja y noble dama, erguida pero un tanto temblorosa sobre sus piernas nobles apoyándose en un bastón con dignidad tal que bien hubiera podido tomársele por una de esas buenas viejas hadas de leyendas populares que nunca salen sin el cetro ó sin la varita mágica.

Aquella dama era el haya y dama de compañía de la princesa pues se excusó por haberse demorado curioseando la prisión y principalmente por dar algún reposo á sus nobles piernas privadas del resorte de la juventud. En cambio su lengua había conservado — y quizás desarrollado — toda su elasticidad, pues la noble dama no cesaba un momento de charlar. Orsova examinaba á Reginaldo de pies á cabeza como se examina á un hermoso animal y no cesaba de repetir :

— Cuán hermoso es ! Parece digno heredero de los jefes de la Puerta de Hierro ! Observad, princesa, con cuánta apostura viste el uniforme de los *bans* de Croacia !

Reginaldo, con los brazos cruzados y despreciativa actitud miraba á aquellas mujeres que lo examinaban de manera ultrajante, como si estuvieran detallando un

objeto curioso, ó un caballo de raza. Luego volvi6les la espalda. Pero la vieja dama continu6 estudi6ndolo al trav6s de sus impertinentes y no cesaba de repetir : « Cu6n hermoso es ! »

El pobre Reginaldo, rojo de ira y de vergüenza arroj6se cu6n largo era sobre su camastro de madera y con tanto ruido de cadenas que el « Herr director » se crey6 obligado 6 excusar 6 su prisionero diciendo 6 esas damas que era un poco salvaje y sin duda le faltaba educaci6n.

La princesilla pregunt6 con gentileza si todos esos hierros que tenia en los pies no incomodaban sobre manera al hermoso joven. 6 lo cual respondi6 el « Herr director » que no lo creia porque otros antes que 6l los habian soportado sin una queja... El Haya encontr6 manera de felicitar por 6ltima vez *al ban* de Croacia por la armonia de sus formas y expres6se en t6rminos muy elogiosos sobre el valor de que habia dado prueba en circunstancias en que otros habian mostrado tanta cobardia. Dijole que en la corte todo el mundo hablaba de Reginaldo, que era el hombre del dia. Despu6s de lo cual despidi6ronse las damas sin obtener una sola palabra del prisionero, quien, al verse solo entreg6se 6 sus reflexiones y 6 su ira, pues no es preciso decir que estaba furioso. ¿Iba 6 durar largo tiempo esa exhibici6n de animal raro que merece la atenci6n de los conocedores? Mas lo que en realidad excitaba su c6lera era que hubiera podido confundir por un instante 6 su Stella con la princesilla de la Capilla de los Muertos. ¿Por qu6 no le advirti6 su coraz6n antes que su oido? No, no era posible! En el mundo no habia dos Stellas! S6lo existia una « colchonerita ».

En ese punto de sus reflexiones se hallaba cuando al

dia siguiente de esa visita y poco m6s 6 menos 6 la misma hora, abri6se de nuevo la puerta de su celda para dar paso 6 la princesilla acompa~ada por la vieja y noble dama. Reginaldo estaba acostado en su camastro y no tuvo sino que voltearse del lado del muro con marcada groseria para no verlas. Pero le fu6 preciso oir que acercaban sillas 6 su camastro, que se instalaban all6 y que cerraban de nuevo la puerta. ¿Qu6 significaba todo aquello?

Primero se oy6 la voz del Director que expresaba la gran satisfacci6n que causaba ver que tan nobles visitantes se ocupasen de su prisionero y luego pregunt6 el aya alguna cosa 6 la princesa, pero esta 6ltima le orden6 callar.

Reginaldo se estremeci6 al oir la voz de la princesa.

¿Qu6 era aquello? ¿Le volvia la locura? ¿Seria de nuevo v6ctima de la alucinaci6n? ¿*Se enganar6 de nuevo?* ¿Iba 6 empezar otra vez la confusi6n?

Porque sin duda alguna esa era la verdadera voz de Stella. En esta ocasi6n no se notaba absolutamente ninguna diferencia. El detalle imperceptible habia desaparecido para 6l que la vispera no m6s lo advertia muy bien.

Y sin embargo no era posible dudar de que tenia tras 6l 6 la misma princesilla con su aya. Bien la habia visto antes de voltearse contra el rinc6n.

Esper6 6 que hablase de nuevo, lo cual no tard6 mucho tiempo. Dirigi6sele ella directamente para preguntarle en qu6 estado se hallaba su salud y si no empezaba 6 encontrar pesado el r6gimen de la prisi6n.

Oh! aquella voz! Cu6n irresistible era. Volvi6se y p6sose de pie frente 6 ella, mas fu6 tal su turbaci6n que la princesa, caritativamente y creyendo que el prisionero estaba muy d6bil, le suplic6 se sentara, lo cual

hizo él inmediatamente, pues le parecía un imposible desobedecer á esa voz.

¿Acaso no había obedecido siempre á la voz de Stella? Porque era Stella aunque morena... morena con una mecha blanca sobre la frente... Creyó recordar que la víspera no había visto esa mecha... Y entonces atrevióse á preguntarle con voz temblorosa si era la misma que había venido á verle la víspera.

Contestóle la visitante que no, que la víspera había recibido la visita de su hermana Tania y presentósele de muy gentil manera : « Soy la princesa Regina, la princesa Regina de Carintia! »

— La que me salvó, murmuró él con voz anhelante.

— Es cierto, respondió la princesilla, siempre sonriente.

— ¿La que se colocó ante la boca de los cañones?

— La misma!

Y rióse ella muy alegremente, sin turbación ninguna, mirando á Reginaldo de frente, con mirada que reía también pero que nada significaba en su trivial alegría á pesar de que los ojos de Reginaldo la interrogaban con inflamado ardor.

Tomóse Reginaldo la cabeza entre las manos como si temiera que estallase y se preparara á contener los pedazos.

Porque es lo cierto que esta Regina permanecía tan tranquila como él inquieto, tan apacible como si no fuese Stella, *tan sencilla como si no fuese doble!*

Hablábale tranquilamente como una princesilla que de nada debe asombrarse y que desde pequeña sabe hablar á los prisioneros como se habla á los pobres con buena sonrisa reconfortante y buenas palabras alentadoras.

Reginaldo hizo una tentativa; puso toda su alma en

la mirada é inclinándose sobre la princesa, le preguntó :

— ¿Por qué me salvasteis?

— Dios mío! contestó ella sin emoción y hasta con cierta indiferencia : *Porque tenía necesidad de un caballero!*

Cosa extraordinaria, aquella respuesta que le habría parecido una injuria en otra época, respuesta que le probaba que entre él y una princesa no podían existir más relaciones que las de escudero á amo, no ofendió á Reginaldo... porque la había pronunciado aquella voz, porque Reginaldo, á pesar de la poca verosimilitud de la situación, á pesar de la actitud de Regina que parecía atestiguar ignorancia completa de lo que agitaba el alma del joven, gritábase en su corazón : « Es ella!... Es ella!... Es ella!... » Enjugó el sudor que corría por su frente pálida y respondió :

— Alteza, estuvisteis á punto de morir por salvar á un pobre caballero.

Ella replicó :

— En alguna ocasión me arrojé al mar por salvar á un chiquillo que se ahogaba.

— Mucho lo debíais querer, replicó el joven con astucia.

Mas la princesa le respondió con mal humor :

— *Ni siquiera lo conocía!*

Reginaldo inclinó la cabeza. Cuando la levantó tenía los ojos bañados en lágrimas. ¿Por qué hacerlo sufrir si era ella?

La princesa no pareció inquietarse por las lágrimas del joven.

Dijole :

— ¿Consentís en servirme de caballero? Necesito de vuestras lecciones. Os ví montar y es admirable la seguridad con que manejáis el caballo y los efectos de

incomparable elegancia que obtenéis. Quiero aprender á montar tan bien como vos!

Al oír aquellas palabras, reconfortósele el corazón á Reginaldo:

— ¿Cómo sabéis que monto bien, princesa? preguntóle.

— ¿No sois vos acaso el jinete enmascarado del circo del Prater?

Reginaldo triunfaba. Sólo « la colchonerita » conocía ese secreto que no había confiado á la propia Myrrha.

— Sólo soy el pobre estudiante Reginaldo, contestó con falsa modestia.

Ya se le habían estancado las lágrimas.

— Sois el jinete enmascarado del circo del Prater, sois el *ban* de Croacia cuyo uniforme vestís y seréis mi caballero, exclamó Regina con gozo.

Reginaldo volvió á mirarla en los ojos y le preguntó:

— ¿Cómo sabéis todo eso?

— ¿Qué os importa! exclamó ella con tono fustigante y altanera actitud. Extraño me parece que un pobre prisionero ose interrogarme. Contentaos con saber, caballero, que si yo hubiese ignorado que el *ban* de Croacia y el jinete del Prater eran una sola persona, estarías muerto á estas horas! Al saber en el gabinete de Su Majestad que iban á fusilar al *ban* de Croacia, lancéme á salvar al jinete. Porque á mí poco me importa el *ban* de Croacia, pero en cambio tengo necesidad del jinete. ¿Lo conseguiré? preguntóle para terminar y quemándolo con su mirada encendida?

Reginaldo era el más feliz de los hombres; acababa de reconocer sin que hubiera lugar á duda no solamente la voz y la mirada, sino también el ademán de « la colchonerita », el fustigador ademán de la Reina del Aquelarre.

— Señora, contestóle con humildísima actitud, soy vuestro servidor.

— Pero será preciso renunciar á la política porque así lo prometí al emperador.

Y como Reginaldo guardase silencio, continuó:

— Espero que no os privaréis de hacer política en compañía de los señores delegados federales y de « los amigos de la Bodega » que os traicionaron! Brixen los tiene á todos entre su cartera. Mientras soñabais con la confederación de los pueblos del Bajo Danubio, ellos sólo pensaban en venderse ó en procurarse ventajas con detrimento del vecino. Sois un niño, señor *ban* de Croacia, un niño que monta bien á caballo. Mal aconsejado y mal acompañado quisisteis hacer de guerrero con los estudiantes del *Aula*, pero debo advertiros que el orden reina en el *Aula* lo mismo que en toda Viena. ¿Vos vendréis á palacio, verdad? Haremos proezas á caballo, monseñor de la Puerta de Hierro! ¿Queda decidido? Vamos, lo prometí al emperador y á vuestra hermana Myrrha que fué ayer á postrarse á los pies del emperador y á quien yo alcé prometiéndole que hoy estaríais libre y mañana seríais mi caballero.

« Stella! » murmuró la voz agradecida de Reginaldo en tono tan quedo que no solamente la vieja aya y el Sr. Director, testigos de la entrevista no lo oyeron, sino que la propia Regina no paró mientes en aquel nombre que quizás no había escuchado nunca.

La princesa se puso de pie y dirigiéndose á Reginaldo, díjole con gran solemnidad:

— Caballero, grande ha sido vuestra falta y mucho es lo que tenéis que haceros perdonar. Vais á responderme sí ó no á secas, pues es preciso comprendáis toda la gravedad de mi pregunta. ¿Consentís en formar parte del séquito del emperador?

Reginaldo hizo una señal afirmativa y ella replicó :

— Es preciso que contestéis en voz alta : « Sí, consiento! »

— Sí, señora, consiento! repitió el joven sin titubear, pues recordó la recomendación de « la colchonerita » llegada entre el pan negro : « Aceptar la libertad en cualquier forma que llegue. » Creía que aquello era un subterfugio y que todo se explicaría al día siguiente y aceptaba un tratado que en otras condiciones habría rechazado con horror, porque estaba persuadido que la princesa Regina y la Reina del Aquelarre eran una sola persona.

En momentos en que se creía muy avisado y seguro de su malicia preguntó á la joven que ni si siquiera lo miraba y ya se preparaba á salir de la celda con aspecto de pensar en otra cosa :

— ¿De manera, pues, señorita, que os enseñaré á montar á caballo? ¿Formaré parte de vuestras caballerizas?

Cometió la falta de sonreír irónicamente al pronunciar las últimas palabras.

Volvióse la princesa con vivacidad y díjole :

— Oh! caballero, haremos de vos algo más que un mozo de cuadra!... Parece que poseéis á la perfección la lengua gitana como verdadero descendiente de Reginaldo Iglitsa que sois, según me han informado. Pues bien, una vez que hayáis terminado de enseñarme la equitación, daréis clases de lengua gitana á Su Majestad la emperatriz Giselda, que desea aprenderla! Adiós, caballero!...

Salió Regina de la celda sin dignarse siquiera mirar hacia atrás.

Reginaldo pensó : « Es asombrosa! excelente comedianta! y muy digna de ser la Reina del Aquelarre! ».

Y tan pronto como vió cerrarse de nuevo la puerta de su celda envióle á su ama, al través de los muros, un beso de pasión.

Oía el prisionero las pisadas de los visitantes cada vez más lejanas y el eco del corredor trájole estas palabras del Director de la prisión :

— « Todos son iguales; entran enfurecidos como fieras y cuarenta y ocho horas de calabozo los pone apacibles como corderos. De suma importancia para la política austrasiana es la victoria que acabáis de alcanzar en este momento, Alteza!

.... Media hora más tarde habíanse enturbiado un tanto las ideas de Reginaldo. Parecíale que la identidad de una « colchonerita » con una princesa real de Carintia era uno de esos fenómenos que el hombre cuerdo debe poner en tela de juicio. Y además una frase resonaba con lúgubre acento en sus oídos, frase que dirigió Regina, la parecida á Stella, al Príncipe Rojo : « Prefiero morir antes que dejaros ejecutar un crimen que me apartaría de vos! »

II

EL PICADERO

En realidad de verdad, la princesa Regina relató las cosas tal como sucedieron. No trató de darle al emperador explicaciones distintas del verdadero móvil que la llevó á intervenir en los asuntos del subterráneo y de la capilla de los Muertos. Conocedor de las audaces chiquilladas y de los espontáneos impulsos que mostraba en las más graves circunstancias su nietecilla, dejóse convencer fácilmente Francisco de que solo la había movido el temor de que le mataran á su maestro de equitación ó por lo menos al que había escogido para tal empleo. Recordó el emperador con cuánto entusiasmo habló en la corte, semanas antes, del jinete enmascarado del circo que fueron á admirar todos los príncipes y princesas.

La corte y la villa intrigáronse sobre manera con aquella máscara y durante algún tiempo divirtiéronse dándole nombres al artista que no ostentaba ninguno. Unos tras otros sonaron los nombres de las más famosas personalidades conocidas por su ciencia ecuestre, mas el secreto permaneció impenetrable y nadie supo

la verdad. Regina declaró que sólo aceptaría al jinete enmascarado como profesor de equitación y que descubriría su verdadero nombre.

Poco después sobrevino la turbación del orden público y la muerte de la princesa María Luisa, acontecimientos que reemplazaron, « en el campo de la actualidad », al misterioso profesor del Prater. Mas según todas las apariencias nada pudo borrar ese recuerdo en la mente de la Princesa Regina, pues esta, sin cesar sus investigaciones, adquirió la certidumbre de que el jinete enmascarado era el propio joven Reginaldo, jefe tumultuoso de la juventud del *Aula*, comprometido en todas las escaramuzas, y burlador del propio Conde de Brixen, primer Ministro de Su Majestad.

Refirióle al emperador que no había querido hablarle inmediatamente de su descubrimiento porque esperaba á que los agitadores del Sr. de Riva regresasen á sus tugurios y se olvidaran las culpas de Reginaldo, pero que tenía el firme propósito de contratarlo para el picadero imperial tan pronto como lo hubiesen permitido los duelos de la corte. Por eso cuando le oyó decir á Franz Holtzchener que Reginaldo se hallaba entre los conjurados, corrió á la capilla para salvarle la vida al desventurado joven.

Y en realidad de verdad ¿quién se habría atrevido á observar que no fuera lógico que una princesilla Regina, mimada por el emperador, antepusiera sus caprichos de amazona á los asuntos de Estado?

— Tanto más, agregó ella, inteligente y marrullera, que ese capricho llegó oportunamente para solucionar esos graves problemas políticos.

En lo cual no le faltaba razón porque ¿quién habría podido prever la venganza de los pueblos del imperio

al tener conocimiento de que á sus delegados se les había tendido una celada para asesinarlos?

El Conde de Brixen aprovechó el asunto para apoderarse de nuevo del espíritu inquieto del emperador y la Princesa Regina recibió calurosas felicitaciones de los cortesanos por haber salvado la Hofburg con su arrojo y valor del crítico momento en que la lanzaron la locura del Sr. de Riva y de los Archiduques (1).

Para terminar el incidente Brixen convenció al emperador de la necesidad en que se hallaban de ahogar el escándalo y poner en libertad á los delegados. Afirmaba que los haría regresar á sus respetivas provincias y que no se volvería á hablar del asunto.

En lo tocante á las armas terribles de que disponían contra ellos era preferible emplearlas como amenaza.

Sólo Reginaldo inquietaba á Brixen, pues tenía fama de intratable y no existía contra él ninguna de las abominables pruebas que en cualquier momento les permitirían abrir una instrucción criminal por delitos comunes contra los demás delegados.

— Cedédmelo á mí, suplicó Regina á su abuelo, y me comprometo á traerlo aquí más manso que un cordero. Necesito un buen profesor de equitación y la emperatriz ha manifestado deseos, en varias ocasiones, de aprender la lengua gitana que Reginaldo habla á la perfección; ese es el sujeto que necesitamos.

Marchóse Brixen sonriendo irónicamente, lo que advirtiéndolo el emperador, dejóle perplejo, pues no se explicaba el interés que le inspiraba á su nietecilla ese caballerizo.

Por momentos inquietábanlo las fantasías de la prin-

(1) Releer la carta de felicitaciones dirigida al alférez Pollet que publicó el *Diario Oficial* y que transcribimos anteriormente.

cesa y lamentaba que los duelos de la corte hubiesen retardado el matrimonio de Regina. Dejóle esta entregado á sus reflexiones que vino á turbar la entrada intempestiva de una joven ciega que se postró á sus plantas. Era esta una nueva intentona organizada por Regina que acompañó á la ciega, la alzó y la nombró al emperador. Myrrha imploraba la gracia de su hermano. Despídióla enseguida el emperador con muy buenas maneras, mas retuvo á Regina y la atrajo sobre sus rodillas como á una niña, pues quería hacerla hablar.

El desgraciado monarca á quien el destino no le daba tiempo para llorar á sus difuntos temía de nuevo que esta historia se mezclase el amorcillo malicioso que tantas víctimas había hecho en su casa y podía apartar de su mente la suposición de que su nieta ya estaba madura para cualquier escándalo y temía que los caballerizos viniesen á reemplazar en su casa á los profesores de piano.

Interrogó á Regina francamente y casi con brutalidad. La princesa alzó sus hombros encantadores, besó la augusta frente á su abuelo y le dijo:

— Bien sabéis, Majestad, que amo al duque de Bramberg.

Francisco exhaló un suspiro pues es lo cierto que nunca había podido comprender que su nieta estuviese enamorada de semejante borracho. Mas como éste frecuentaba mucho la corte y que el emperador no podía separarse de sus nietecillas, gustábale que Regina hubiera escogido como novio á un asiduo visitador de la Hofburg.

— Ve á buscar á tu Reginaldo, consintió el emperador. Te lo doy pero creo que él no se entregará. Dicen que es muy orgulloso!

— Lo convertiré en mi criado, replicó Regina saludando á Su Majestad.

Y fué así como sucedió que al día siguiente de haber dejado á Reginaldo en la prisión, hallamos á las princesas Regina y Tania aguardándole, no en el picadero de la « Hofstallstrasse », picadero ordinario donde hacen sus ejercicios de equitación los miembros de la familia imperial, sino en la « Spanische Hofkeitschule » que es el picadero de gala donde se dan las grandes fiestas y donde lejos de toda curiosidad y de toda etiqueta podían entregarse á su *sport* favorito las gemelas de Carintia.

Hallábase siempre cerrado aquel inmenso picadero por cuyo motivo esperaban que ignorarían su diversión en momentos en que la corte estaba de duelo y levantaban en la iglesia de los capuchinos el catafalco del Archiduque Adolfo.

Sin duda Tania no habría osado tal empresa contraria á la etiqueta y que en aquellos momentos podría ser calificada de mal gusto; pero á Tania no le era posible rehusar nada á Regina y Regina no conocía obstáculos á sus deseos. Las ordinarias reglas de educación y urbanidad á que se someten la mayor parte de los príncipes no rezaban con ella y los depreciaba con tan altanero desembarazo que todo le era perdonado en consideración de la gracia imperiosa de su gesto.

Había resuelto que en aquella mañana habrían de recibir una lección de Reginaldo y todo había sido preparado con ese objeto.

Nadie las vió entrar al picadero. Sólo Félix, vigilante de las caballerizas y en quien Regina tenía absoluta confianza, llegó hasta ellas conduciendo por las riendas tres hermosísimas cabalgaduras. A pocos pasos de allí esperaban las dos gemelas, esbeltas en sus estrechos y

negros trajes de amazonas. Regina empezaba ya á dar señales de impaciencia fustigando sus botas, cuando llegó Reginaldo acompañado por aquella vieja y noble dama que ya tuvimos ocasión de ver en la celda de la prisión de la Estrella. La noble dama fué á buscar á la cárcel, donde « Herr Director » lo puso en manos del aya como si lo confiara á otro carcelero y Orsova apresuróse á transmitir á Reginaldo las órdenes de Regina. En vano protestó el joven, pidiendo le dieran dos horas de libertad para ir á abrazar á Myrrha y cambiar de traje, pues aun vestía el espléndido uniforme de *ban* de Croacia. Orsova se contentó con responderle que la princesa real de Carintia esperaba á su caballero.

— Y os advierto, agregó la noble dama, que á ella no le gusta esperar!

Reginaldo no lograba descifrar el enigma de tan complicada aventura y ya no sabía qué creer ni á quién creer y ni siquiera se atrevía á pensar por miedo de perder el hilo de sus reflexiones. Dejose conducir ya que la princesa Regina lo esperaba. ¿Cuál princesa, Regina?... ¿Stella?... Creyó por un instante que toda aquella comedia de princesa sólo tenía por objeto extraerlo de la cárcel y que todas esas maniobras dirigidas por « la colchonerita » se explicarían tan pronto como él se hallase fuera. Y sucedía que hallándose fuera, una noble y vieja dama lo conducía al palacio del emperador!

Cuando entró al picadero reconoció enseguida á las dos princesas que le habían visitado y no pudo contener su asombro al observar cuán perfecta era la semejanza entre ellas. Vagamente había oído hablar del parecido entre las gemelas de Carintia, pero jamás supuso una identidad tan completa... y ya que dos seres podían ser tan semejantes entre sí, ningún inconceivable

lógico existía para que hubiese en el mundo otro semejante á esos dos con quienes él lo había confundido.

Rumiando esas ideas avanzó con más desembarazo hacia las princesas que le aguardaban.

La « Spanische Hofreitschule » era un inmenso picadero muy lujoso de techo dividido y con dos galerías de columnas corintias de lado y lado donde se reunían los invitados de la corte en los días de carreras. En la extremidad del local, en alto y muy amplio, veíase el palco imperial (1), junto al cual estaban las dos princesas y Félix con los caballos de cabestro. A medida que se acercaba á ellas trataba Reginaldo de reconocer á Regina. Una vez que se halló á poca distancia del grupo pudo reconocerla gracias al mechón blanco que dejaba ver el sombrerito redondo.

Hizo una profunda reverencia y se excusó en términos poco comedidos por presentarse con tal vestimenta, pero no le habían dado tiempo para cambiarla. Traía la resolución de conservar su independencia en todo momento y de no dejarse tratar como un chiquillo. Desde que había pisado el vetusto palacio de los Wolfsburg encabritósele la sangre gitana y el rebelde asombrábase de verse en ese lugar como un criado cualquiera de la fantasía imperial. Y quizás hubiera reclamado de nuevo y con orgullo sus cadenas si la orden de « la colchonerita » no lo hubiese preparado para cualquier aventura cuando le dijo: « Acepta la libertad, venga por donde viniese! »

Y hacía votos porque no le faltasen paciencia ni cautela, pero mucho temía que le faltaran de un momento á otro.

(1) Viaje á Viena. Ulises Robert, inspector de los archivos.

¿ Tendría valor suficiente para dominarse al verse ultrajado?

Es lo cierto que en aquella mañana, con sólo oír la voz de Regina, recobró súbitamente completa « certidumbre ». Y de nuevo fué dócil porque oía una vez más su voz. Y enseguida convirtiéndose en el esclavo de la princesa. Al montar la princesa, prestóle ayuda y tomó entre las manos su piecicillo que en realidad era el suyo. Y también lo eran la elasticidad, la ligereza y la energía de cuerpo flexible. Ah! imposible le parecía engañarse. Mas, ¿ qué significaba tan inaudita comedia?

Las dos princesillas galopaban ya en derredor de la pista. Aun nose habían alejado mucho y ya le era imposible « distinguir las ».

Cerró un ojo para tratar de establecer una diferencia entre las dos amazonas, pero le fué imposible por el momento. De pronto Regina fustigó su caballo y Reginaldo exclamó:

— « Ese ademán es indiscutiblemente de la Reina del Aquelarre! »

Y sin ocuparse de Tania empezó á dictarle la lección á Regina como si se hallasen en el humilde picadero de la Calle del Emperador y no en la « Spanische Hofreitschule ».

Hablóle á Regina de equitación como si esta princesa no ignorase nada de lo que el « veterinario » había enseñado á Stella! Mas ella, por su parte, declaróse novicia especialmente en las habilidades que él le indicaba. Y después de dar algunos pasos á derecha é izquierda, detúvose prestándole atención.

Sonreíale él maliciosamente suplicándole ejecutara algunos « cambios de galope », mas ella aseguró no haberlos intentado jamás.

Finalmente enervóse la princesa y ordenó á Regi-

naldo le enseñase el secreto de los saltos prodigiosos que daba en el circo Busch y decirle si era preciso servirse de caballos especiales para ejecutar tales ejercicios.

Reginaldo contestóle que con paciencia y dulzura se podía conseguir cuanto se quisiera de un caballo de raza.

Suplicóle ella cabalgase el soberbio animal de raza altaica que tenía por las riendas el mozo de cuadra. Reginaldo obedeció y ella ordenóle: « Saltad! »

Fué tan impertinente el tono que Reginaldo se volvió hacia Regina y la examinó con insistencia que bien podía calificarse de insultante en un caballero.

Mas estaba tan seguro el joven de entenderse con Stella que olvidó á la princesa y no se le ocurría que su proceder era insólito.

Tania se lo hizo comprender, pues furiosa por la manera como miraban á su hermana y no pudiendo comprender tales maneras, repitióle con voz fustigante:

— Saltad, caballero! ¿ No habéis oído acaso la orden de la princesa? »

Mas Regina adoptó enseguida un tono perfecto de dulzura, pues había visto palidecer á Reginaldo como un muerto: « La primera lección nunca es seria, caballero; en otra ocasión nos enseñaréis las reglas de vuestro arte. Por hoy sólo os pedimos una cosa y es que ejecutéis algunas de las proezas que dieron fama al jinete enmascarado. »

El joven escuchó con deleite aquella música. ¿ Podrá haber en el mundo una armonía más pura que la voz querida?... »

Reginaldo saludó á las dos princesas con exquisita cortesía y se lanzó á la pista caballero en su « altaï ».

— Oh! en verdad era bello!

La vieja y noble dama no cesaba un momento de contemplar al joven jinete y no podía contener su admiración.

— Realmente es muy hermoso! dijo Tania mirando á su hermana. Mas ésta callaba y parecía prestar más atención á los movimientos del caballo que al caballero.

La vieja y noble dama proseguía:

— Nada hay más hermoso en el mundo que un joven hermoso caballero en un hermoso caballo! También lo he visto yo.

Reginaldo, que había partido á galope de cacería, detúvose; su caballo estiróse como un arco tendido y el joven le hizo ejecutar uno de esos saltos maravillosos que le conquistaron los sufragios de su público excepcional.

Luego hizole ejecutar un paso español que mucho gustaba á Stella. Pero Regina no mostró gran entusiasmo por él.

El jinete despechóse de tal modo que experimentó necesidad de exteriorizar su mal humor y se puso á saltar y piruetear con tal velocidad que arrancó entusiasmas aplausos á las tres mujeres.

Reginaldo se enfureció tanto con los aplausos como con la pasada indiferencia de Regina y se detuvo á tiempo para escuchar esta frase que bien se le puede decir á un payaso en el circo:

— Vaya una función interesante!

¿ Quién habló en esa forma! ¿ Quién?... El tono era de voz varonil y despectiva... Reginaldo, con las mejillas ardientes como si le hubieran aplicado un hierro encendido, irguióse en los estribos, ebrio de furor, y pudo ver al Príncipe Rojo que se apoyaba sobre la delantera del palco imperial.

— Si en realidad hay algún satimbanqui en este lugar, caballero, puede ser cualquier otro, menos yo ! gritóle el gitano que reconoció al duque de Bramberg y recordó cuantos deseos manifestó de disparar ese aristocrático artillero.

Reginaldo creyó oportuna la ocasión para buscarle querella, mas Regina se interpuso con vivacidad y sangre fría tales, que causaron estupefacción al caballero con lujo de reproches increpó al duque de Bramberg diciéndole que no tenía derecho para entrar á un picadero á donde no se le había invitado y que no estaba dispuesta á sufrir la tiranía del esposo antes de casarse.

— *Porque habéis de saber que Su Alteza es mi novio*, díjole á Reginaldo volteándose bruscamente hacia él, y no os he de permitir que le tratéis con descortesía, por más *ban* de Croacia que seáis !

Terminó el incidente con esa frase anonadadora que recordaba de nuevo la incomprensible situación en que se hallaba.

Las dos princesas llevaron al caballero y confíronle que iban á jugar á « hacerse aplastar ». Mas Reginaldo protestó con energía diciendo que aquel juego inventado por él era demasiado peligroso. Consistía en lo siguiente :

Durante las funciones de gala del circo anunciaba el jinete enmascarado que jugaría á « hacerse aplastar ». El artista aparecía en su caballo, hacía colocar sendos barrotes paralelos á lo largo de la pista, saltábalos en dos ocasiones y luego procedía al *aplastamiento*.

Hacía pararse al caballo sobre las patas traseras, echando el busto hacia atrás hasta rozar con la cabeza la grupa del animal (1). Llegaba el momento trágico.

(1) Ejercicios de la Baronesa de Rahden.

Erquido el caballo hasta caer hacia atrás, es decir, encabritándose poco á poco hasta el minuto supremo en que perdía el equilibrio y caía pesadamente sobre el jinete. Este último tenía noventa probabilidades contra diez de morir aplastado, pero Reginaldo obraba siempre con tan consumada habilidad que lograba esquivarse en momentos en que todo el mundo lo creía aplastado y en el circo todo resonaba un eco de terror. Tal era el pasatiempo con que se querían divertir las princesas gemelas de Carintia.

Y ya debían haberlo ensayado, porque antes de que Reginaldo hubiera podido impedirlo, habían encabritado sus jeguas moras, que empezaban á agitar en el aire sus cascos delanteros.

Regina especialmente exigía á su « Czardas » un equilibrio que cada momento era más inestable ; acostóse completamente sobre la grupa del animal como lo había visto hacer á Reginaldo.

Mas de pronto oyóse un doble grito de espanto y Reginaldo se apeó de su caballo, pues acababa de ocurrir lo que temía !...

« Czardas » cayó pesadamente sobre la princesa.

En una sola agonía confundieron los dos gritos : « Stella ! Regina ! »

Dos hombres se precipitaron y uno de ellos, el que llegó primero, llevóse entre los brazos el cuerpo ileso y adorable de Regina de Carintia.

Y sucedió que ese hombre era el Príncipe Rojo, el propio Príncipe Rojo que se llevaba entre los brazos á Regina riendo con la risa de Stella !

Reginaldo veía y oía aquello !

Mostró al cielo sus puños vengadores, aquellos puños que habrían querido golpear y aquellas manos que habrían querido desgarrar !... Ah ! Regina-Stella que se

dejaba arrebatarse risueña ante él por el Príncipe Rojo!... No, No! Por el Señor Dios de los gitanos, por el diablo de la Reina del Aquelarre, no era ella, no era Stella!

— ¿Qué os sucede? preguntó Tania con voz reposada. ¿Os habéis vuelto súbitamente loco porque mi hermana se puso á jugar al *aplastamiento*? Todos los días juega á lo mismo con Czardas, y jamás se ha hecho daño. ¿Hay verdaderamente peligro en ese juego? Yo no he podido aún dejarme caer...

Reginaldo miró á la princesa Tania con ojos completamente hebetados, luego miró á la noble y vieja dama de claro y límpido mirar de noble hechicera, que también parecía tranquila, y marchóse sin hacer una sola reverencia pensando « en qué mundo habría caído! »

El *ban* de Croacia no tenía hábitos cortesanos é ignoraba que en las cortes las princesillas se divierten como pueden y en veces con juegos muy extravagantes.

Ansiaba ver á « la colchonerita » y besar á su hermana.

III

CONTINUACIÓN DE LAS AVENTURAS DE REGINALDO
Y « LA COLCHONERITA ».

Reginaldo se arrojó en brazos de Myrrha que lloraba copiosamente y le hacía tiernas amonestaciones. Lamentó amargamente, no su heroísmo, sino la manera como malbarataba sus más nobles cualidades que ella había ayudado á desarrollar. Censurábale que se conduciera como un niño travieso que podía comprometer las más santas causas. Recordóle que era el heredero de Reginaldo y que era la esperanza del pueblo gitano.

Hízole saber que « los dos y cuarto » le habían anunciado por conducto de « la colchonerita » que estaban furiosos contra Reginaldo porque se había dejado engañar por los delegados federales y por los amigos de la Bodega y por haberse lanzado á guerrear sin esperar la orden que sólo los « dos y cuarto » tenían facultad de dictar.

Debía estar enterado ó por lo menos suponer que los « Estados » no se hallaban listos aún y que los « dos y cuarto » no habían resuelto intentar la gran aventura con los enviados oficiales de esos Estados.

En fin, que habían decidido que en todo y por todo Reginaldo debía obedecer á...

— ¿A quién? preguntó Reginaldo, sublevándose de antemano ante aquella nueva servidumbre.

Myrrha sonrió entre sus lágrimas.

— A « la colchonerita! » respondióle.

Sorprendido Reginaldo echóse de nuevo en brazos de su hermana dispuesto á contarle detalladamente la extraña y fantástica aventura de Stella. Mas sin darle tiempo para ello, contóle Myrrha cuántos cuidados y cuántas atenciones le había dispensado « la colchonerita » durante la ausencia de Reginaldo. Relatóle también la conversación sostenida entre ella y Stella antes de los terribles acontecimientos y la resolución que tomó de hacerle beber un narcótico al joven.

— ¿Cómo pude escapar á tan terrible veneno? preguntó Reginaldo sonriendo irónicamente.

— Eso es lo más extraño que se pueda concebir, respondió Myrrha. Envié al enano Magno á la botica de Málaga con la receta de Stella para que trajera la poción. Trájola Magno y yo la llevé á mi cuarto pues había resuelto hacértela tomar en la colación de la noche. Acuérdate de lo que ocurrió : cuando se marchó Stella subiste á mi pieza y yo, aturdida aún por lo que ella me había relatado, púseme á interrogarte con astucia. Quería saber cuáles eran tus propósitos para saber á ciencia cierta si era necesario ó no adormecerte por fuerza, lo cual me repugnaba bastante. Te interrogué de manera categórica sobre el empleo que le ibas á dar á tu tiempo durante la noche, incitándote á que no me dejases sola en época tan agitada y tú me contestaste que podía estar tranquila, pues tu intención era no abandonarme y esperar tan solo á que me durmiera para irte á acostar.

Era tan flagrante tu mentira que intenté ponerte en contradicción con tus propias palabras y sacarte una confesión. Aludí al rumor que circulaba por la ciudad de la existencia de cierto complot urdido contra la Hofburg y quizás contra el emperador, complot del cual debía desconfiar según me lo había recomendado « la colchonerita ».

Me respondiste que nada habías oído decir de semejante complot y que por ningún motivo me dejarías sola. Tu voz no era sincera; avergoncáme por tí y resolví hacerte beber la poción.

Fuí á buscarla á mi cuarto y la vertí en la tetera sin que tú pudieras advertirlo. Durante la cena bebiste dos tazas. Con eso era suficiente. Me fuí á acostar tranquila, mas cuál no fué mi estupefacción al día siguiente cuando constaté que tu cuarto estaba solitario y que sólo habías hecho el simulacro de acostarte.

¿A qué hora saliste de casa? Quise saberlo y llamé á la Señorita Lefébure, que no me contestó. Entonces fuí al cuarto de la institutriz y la hallé dormida. Quise despertarla, mas, imposible!... Continuaba durmiendo como una piedra... Y lo que seguramente te parecerá más extraordinario aún... *todavía está durmiendo!*

— No es posible, exclamó el joven, sin poder contener la risa. ¿De manera que fué ella quien bebió la poción?

— Evidentemente, replicó Myrrha. ¿Mas cómo pudo suceder? Vaya un misterio más singular! La señorita Lefébure también bebió té aquella noche y Magno encontró su tetera en nuestro cuarto y la nuestra en el de ella. ¿Quién diablos pudo trocar las teteras?

Reginaldo no se tomó el trabajo de profundizar un misterio que bien podía cargársele en cuenta á la ceguera de su hermana y dijo con buen humor :

— Vamos á ver á esa pobre señorita Lefébure!

Hermano y hermana llegaron hasta el cuarto del aya que continuaba reposando apaciblemente bajo la vigilancia de Magno. Hallaron al enano paralelepido de cinco patas moliendo café con una mano y cosiendo con las dos restantes su pequeña americana hartamente mejorada en el curso de las últimas expediciones.

Triste estaba el enano y entre las varias razones que para ello tenía era la principal la ausencia de Juanillo de quien nada sabía desde la famosa noche en que juntos esperaron en vano tras de la puerta á la Reina del Aquelarre y juntos bajaron de nuevo á la calle del Agua del Emperador.

También entristecía á Magno no el persistente recuerdo de la infiel, como era de suponerse, sino un nuevo amorcillo que comenzaba á suplantar en su corazón de enano sensible la imagen de aquella que le engañó con el hombre de la cabeza de ternero y con el hombre tapir.

Debido á las circunstancias vióse en la necesidad de prodigar sus cuidados á la señorita Lefébure, vigilándole el sueño, y más de una vez tuvo ocasión de constatar que aquella señorita un tanto madura y de aspecto desabrido no carecía totalmente de atractivos.

Muy al contrario, su vida ejemplar, su virtud defendida en toda ocasión contra los empeños galantes por un aspecto poco alentador habían conservado en aquella austera persona juventud de formas, solidez de contornos, frescura virginal que turbaron á Magno más de lo que podemos imaginar en un enano paralelepido de cinco patas ya adornado por cupido como un cuarto de cazador de venados.

Y triste sentíase Magno porque á pesar del ruido que hacía en derredor y todo el empeño que tomaba en

despertarla para confesarle el secreto de su corazón eran vanos esfuerzos...

Dijo Myrrha á Reginaldo que « la colchonerita » los había tranquilizado respecto de las consecuencias de tal letargo, pues hizo una investigación en la farmacia y resultó que Málaga, que tenía el brazo pesado aquella noche, vertió una dosis triple de la que ordenaba la receta.

Según los cálculos del boticario, la señorita Lefébure debía despertarse, á más tardar, durante las primeras horas del siguiente día.

Los jóvenes volvieron á su cuarto y Reginaldo corrió enseguida á su habitual punto estratégico... No había acabado de instalarse en la ventana cuando exclamó: « Ella! Es ella!... »

— ¿Stella? interrogó Myrrha.

— Sin duda. « La colchonerita » está en su escritorio!... Ah! Myrrha, nunca sabrás cuánta alegría me produce verla, verla de veras, á ella, á la propia Stella! como la conocí la primera vez, ocupada en sus tareas, dando órdenes, tomando cuidado de la casa y de la tienda... Es ella! Es Stella! No existe otra!

— No te comprendo, exclamó Myrrha...

— Quiero decir únicamente que Stella es rubia... Es rubia y la más bella de todas. Quiero decir que existen semejanzas inconcebibles que pueden engañarnos por un momento pero que al hallarnos de nuevo frente á la realidad, Myrrha, pronto rectificamos nuestro error!... Stella!... Es la Stella mía!... No hay más que ella!

— Reginaldo ¿te has vuelto loco?

— Un tanto, pero de ello tienen la culpa las gemelas de Carintia, una de las cuales te presentó al emperador. Mas lo que no puedes imaginar es la semejanza inverosímil

simil que existió entre ellas dos y la que existe entre ellas y « la colchonerita ».

— « La colchonerita » me presentó á la princesa de Carintia.

— Stella!... exclamó Reginaldo... ¿Fué Stella quien te presentó á la princesa Regina? ¿De manera que se conocen? Cuéntame cómo sucedieron las cosas, díjolo con pesar, sintiendo renacer de nuevo las sospechas é inquietudes que lo habían agitado.

Quiso conocer los más precisos detalles referentes á la diligencia que hizo Myrrha en la corte, de la cual no habían hablado aún entre las primeras efusiones, no queriendo él darle á entender que ya conocía su iniciativa y temerosa ella de que el indómito orgullo de su hermano no le perdonara ese acto de demanda de gracia...

Sin duda, ¿cómo pasaron las cosas? ... Y Reginaldo contemplaba al través de los vidrios de la ventana á aquella misteriosa é incautivable Stella, que daba órdenes á sus empleados sin preocuparse del joven que la miraba con tanta atención desde el otro lado de la calle.

Contó Myrrha lo ocurrido en breves palabras... Era la cosa más natural del mundo: « la colchonerita » corrió donde Myrrha á reprocharle que hubiera dejado salir á su hermano á pesar de sus órdenes y á comunicarle que habían encarcelado á Reginaldo con los amigos de la Bodega en la prisión de la Estrella.

Exigióle, como condición expresa para salvar á Reginaldo, que le obedeciese ciegamente. Ordenóle que fuese á postrarse á los pies del Emperador y ella misma la condujo hasta el Palacio donde una de sus amigas se encargó de presentarla á una princesa de Carintia que debía responder á todas las preguntas.

— Pero en fin, Myrrha, cuando llegaste á la Hofburg, ¿cómo sucedieron las cosas? insistió el joven. ¿Cuándo te separaste de Stella .. cuando habló la princesa... *las oíste hablar á ambas á un tiempo mismo?*

— No, respondió Myrrha... Comprendí que Stella se había marchado y no la volví á oír hablar... Sin embargo, algo me sorprendió mucho, sus dos timbres de voz eran muy semejantes.

— Si no tenían el mismo timbre de voz, te recibió la princesa Tania... porque entre el timbre de voz de la princesa Regina y el de Stella no existe diferencia ninguna, pues que *es el mismo*.

— ¿Qué quieres decir con eso, Reginaldo? Me asustas con tú manera de hablar...

— Quiero decir, exclamó el joven cuyos ojos lanzaban llamaradas contra el errabundo perfil de « la colchonerita », que Stella y Regina son una sola persona...

— Estás loco .. Te has vuelto loco, repitió la pobre ciega levantando hacia el cielo sus manos impotentes...

— Quiero decir, alestiguó la bronca voz de Reginaldo, que la novia de Reginaldo según los ritos de la Puerta de Hierro es la prometida del Príncipe Rojo según los ritos de la Hofburg...

— Reginaldo, eso es un imposible!

— Voy á comprobarlo!

Y el joven, soltándose de entre los brazos de su hermana, bajó á la calle como un insensato, metiéndose bajo la bóveda donde le leían estas palabras: « Lanasy colchones » y de cuatro saltos llegó ante la puerta del despacho de « la colchonerita ». Allí sintióse un tanto indeciso, lo cual aumentó su mal humor. Mas una voz muy conocida por él, *puesto que la conocía doblemente...*

¿era la de Stella ó la de Regina?... pronunció esta frase apaciguadora :

— Dad paso á ese caballero!

Introdujéronlo al despacho del « ama » y ésta continuó sus quehaceres como si Reginaldo no se hallase presente.

— Señora! dijo Reginaldo...

— Caballero, tenga Ud la bondad de sentarse... dentro de un momento estaré á sus órdenes.

Así se habla en los almacenes donde se respeta á la clientela.

« La colchonerita » era persona bien educada...

Reginaldo se sentó.

Con cuánta tranquilidad ordenaba Stella á un empleado que encargase á Utzitzé (Serbia) dos mil kilogramos de « lana muerta », á otro lana sedosa de la mejor que se extrae del cuero de castor y al de más allá que enviara á Kanitza (Hungría) la « lana caballar española » que acababa de recibir de sus corresponsales de Trieste.

Por último, cuando hubo desaparecido toda la gente, volvióse hacia Reginaldo « la colchonerita » y díjole con amable sonrisa de comerciante :

— ¿En qué podemos servir al caballero?

— Stella, preguntó el ardiente joven con voz temblorosa, Stella ¿ me amáis de veras?

— Hola, hola, caballero, ¿queréis hacerme el favor de callar? replicó « la colchonerita » mirando atentamente en su derredor... Podrían oírnos... y perdería mi reputación. ¿Deseáis echar á pique mi empresa?

— Stella, tened piedad de mí! no me hagáis mofa!... No os burléis de mí!... Decidme si ya terminó esa horrorosa comedia...

— ¿Cuál comedia? preguntó ingenuamente la joven.

— Os suplico que ceséis ese juego, porque ha de terminar malamente! dijo Reginaldo crispando los puños y dando patadas en el suelo como un niño furioso. Me refiero á la comedia que quizás me salvó la vida pero que seguramente será mi perdición si no la hacéis cesar. Siempre supuse, Stella mía, que tras de los rasgos de la « colchonerita » y bajo su rubia cabellera se ocultaba una princesa. Ahora sé cómo se llama : Regina de Carintia.

— Mi buen Reginaldo, habéis perdido completamente la chaveta... (Y abría Stella grandes ojos estupefactos.) ¿De dónde diablos habéis sacado tal cosa? ¿Qué os sucede?... ¿Me tomáis por la princesa Regina de Carintia?... Es lo cierto que algunos de mis empleados me han dicho que me parezco mucho á las hijas de Leopoldo Fernando... Ello es posible y no puedo aseguráros lo contrario porque no las conozco. . . ¿De manera que visteis á la princesa Regina y juzgáis que se me parece mucho?... Y pudisteis creer?... Ah! mi querido amigo, cuán novelesco sois!...

Y « la colchonerita » soltó una carcajada tan franca y tan clara que Reginaldo se halló estupefacto una vez más, porque resaltaba la sinceridad de Stella. No era posible engañar con semejante risa.

— Os suplico que no riáis, Stella, os lo suplico; no continuéis riendo... Sabed que también tiene vuestra mirada, vuestra voz, vuestra manera de andar, vuestros ademanes, todo en fin. No se os parece *es la misma!*

— Pero permitidme que os diga, mi querido amigo, que si hubiera tres gemelas de Carintia todo el mundo lo sabría.

Hablaba en términos tan burlones que Reginaldo levantó la cabeza : ¿ se estaría burlando de veras de él? Esa espantosa situación lo tenía ya desesperado.

Avanzó hacia Stella con paso decidido, el ceño adusto y asíóle entre las manos impacientes sus delicadas muñequitas :

— Escuchadme, Stella. Preciso es que yo os diga lo siguiente : sois mi corazón, mi vida y ni siquiera sé yo quién sois vos! Sé que nos protegéis y que vuestro amparo es algo admirable y soberano. Se me ocurre que sin vos, tanto Myrrha ciega como Reginaldo estudiante pobre, se habrían muerto de hambre. Vos os arrojasteis á la boca de los cañones en la capilla de los Muertos; condujisteis á mi hermana al palacio; por vuestra influencia pudo penetrar al gabinete del emperador! Me hicisteis poner en libertad! De manera, Stella, que os debo eterna gratitud y debería adoraros como á mi Dios. Pues bien, es preciso que lo sepáis, os detesto y os maldigo, porque oí reir á la princesa Regina en brazos del Principe Rojo!...

— Os convendría respirar un poco de aire, mi querido amigo.

En esta ocasión ya no reía ella : pronunció las palabras con gravedad mientras se soltaba los puños de entre las rudas manos de Reginaldo, que la miró fijamente. No apartó ella sus ojos profundos y francos.

— No hay duda, repitió Reginaldo hebetado, no hay duda de que me convendría respirar un poco de aire. Mas, decidme, ¿ si no sois Regina de Carintia, cómo es posible que os le asemejéis de tan idéntica manera? Y en todo caso ¿ quién sois?

— Soy la Reina del Aquelarre! respondióle en el oído con voz silbadora... ¿ Acaso ese nombre no te satisface, Reginaldo?

¿ No juraste por ventura que nunca interrogarías á la Reina del Aquelarre?... Vamos, recobra tus sentidos y hazme una pequeña compra de lana... ¿ Desea el

caballero lana muerta ó lana española?... Vuelve á donde tu hermana y preséntale mis respetos!...

Tocó un timbre.

— ¿ Cuándo os volveré á ver, Stella.

— Esta tarde á las cinco, en casa de Paumgartner, en la mesa del jinete enmascarado...

— Gracias, Stella. Mucho me agradará veros allí, pues me rememoraré nuestros encuentros en el circo... Pero ya que no sois la princesa Regina y que no la conocéis, debo advertiros que le pertenezco... No me concedió la libertad sino con la condición de que formaría parte de la servidumbre de su casa.

— Eso no es cierto! respondió Stella; sólo tenéis obligación de ser caballero y enseñar la lengua gitana á la emperatriz Giselda... Y luego quejaos de tan brillante posición!...

— ¿ Cómo lo supisteis?

— Porque yo todo lo sé.

— ¿ Y qué debo hacer?

— Esta tarde os lo diré. Adiós!... Reginaldo saludó á un empleado que entraba y se retiró. Volvió á la casa donde encontró á su hermana y á Magno atareadísimo dando á la señorita Lefébure toda clase de datos respecto de su interminable sueño, pues ésta acababa de despertarse entre los tres brazos del enano paralelepípedo de cinco patas...

... A las cinco en punto estaba Reginaldo en el lugar de la cita, cada minuto más turbado y sin saber á qué santo gitano del infierno encomendarse...

De nuevo reinaba gran animación en el Ring y el Prater presentaba su aspecto acostumbrado.

En sólo cuarenta y ocho horas llevó á cabo la policía del Señor de Riva el aniquilamiento de las hordas que su política de dos caras había traído á la capital; y si

bien es cierto que los espíritus continuaban sobreexcitados y se interesaban con los últimos acontecimientos como el ataque á la Hofburg y la prisión momentánea de los delegados federales, también lo es que la hostilidad popular había cesado de manifestarse por medio de *meetings* ensordecedores y á veces peligrosos.

Por último es de justicia consignar que la espantosa noticia del drama de Mayerling contribuyó grandemente á pacificar á los rebeldes. Sinceramente compadecían al emperador y á la emperatriz por la terrible desgracia que venía á herirlos poco tiempo después de la trágica muerte de la princesa María Luisa y muchos se hallaban más dispuestos á llorar las desdichas de la corte que á suscitarle nuevas dificultades.

El Señor de Brixen se dió cuenta exacta de esa benévola disposición en que se hallaba el espíritu público y aprovechó la ocasión para convencer á Su Majestad de lo perjudiciales que podían ser las medidas de rigor aconsejadas por el Señor de Riva; consiguió especialmente que volvieran á abrirse los cursos suspendidos de la Universidad y de ello resultó la pacificación de los estudiantes que cesaron todo desorden.

Es lo cierto que la gente elegante que se paseaba por el Ring ó llenaba los atrios de los cafés del Prater ó los vastos salones del Restaurante Paumgartner hablaba menos de política que de las suposiciones respecto del misterio de Mayerling. El nombre de la baronesa de Aquila era pronunciado por todas las bocas.

Reginaldo se internó en la Haupt-allée y durante un rato la recorrió por entre la cuádruple fila de castaños que sombrean la avenida por donde pasan y repasan carruajes, jinetes, mujeres hermosas con vistosos vestidos (las mujeres de Viena se visten vistosamente desde que sonríe el primer rayo de sol primaveral),

oficiales uniformados, representantes del gran mundo y también del pequeño, diplomáticos y cortesanos; ya iba á entrar Reginaldo al Restaurante Paumgartner cuando vió detenerse ante él á un lujoso carruaje.

Dos criados vestidos de negro acudieron á abrir la portezuela y se apeó una joven envuelta en un manto largo y cubierta la cara con velo espesísimo...

— Es Stella, pronunció en voz baja Reginaldo... Es su paso, su andar, es ella, ha llegado á la cita con anticipación.

Junto á Reginaldo, dijo un caballero á la dama que lo acompañaba :

— ¿ Observasteis ?

— ¿ Qué ?

— La dama que acaba de pasar... es extraño... juraría que es una de las princesas de Carintia.

— No es posible, amigo mío... ¿ Una princesa real en estos momentos en el Prater?... Olvidas que la corte está de duelo.

— Lo sé, pero me ha parecido que esa dama es la princesa Regina.

— ¿ Le viste el mechón blanco ?

— Me parece que sí... pero sería difícil afirmarlo porque el velo que la cubre es muy espeso.

La pareja decidió seguir tras de la dama del velo. Reginaldo siguió á la pareja. La dama del velo habíase metido por un sendero extraviado, poco frecuentado en general y aquella tarde completamente desierto. Parecía más que esperar á alguien, tener deseo de pasearse y respirar el aire puro á pleno pulmón.

Reginaldo oyó que el caballero dijo á su acompañante :

— Ahora si la ví bien, es ella, es la princesa Regina, mírale el mechón blanco !

— Sí, sí, dijo la dama ahora la veo bien, es ella. Viene de *incognito* á respirar el aire del Prater, pero de todas maneras es mucha osadía.

— Es un escándalo, interrumpió el caballero.

— Cuentan que esas princesillas se creen autorizadas para todo, que con ellas no reza la etiqueta y que manejan al emperador como á un chicuelo.

La pareja continuó tranquilamente su camino dejando solos á Regina y á Reginaldo que se acercaba poco á poco de la paseante.

¿Sería en verdad la princesa Regina la que allí estaba?

Pronto lo sabría y quizás al mismo tiempo adquiriría la prueba de que Stella y Regina no formaban sino una sola persona, pues la dama del velo seguía precisamente el discreto sendero que conducía al lugar de la cita con « la colchonerita » en la parte trasera del establecimiento Paumgartner donde espeso bosque encubría á los amantes y á los conspiradores.

Reginaldo divisaba ya, á cincuenta pasos la puerta que daba acceso á los « gabinetes reservados », cuando al volver la cabeza para cerciorarse de que no le espían, vió á uno de los criados que habían abierto momentos antes la portezuela del carruaje.

Si cada vez que tuviese cita con Stella iba á ver una tercera persona entre ellos, tendría que lamentar los tiempos en que ignoraba que « la colchonerita » era nada menos que la hija del rey de Carintia.

Cabe la sombra de aquellos árboles habíanse visto varias veces Stella y Reginaldo, cuando este último se quitaba el disfraz del circo y corría á encontrarse con su amada. Allí confesóle « la colchonerita » de la calle del Agua del Emperador que poseía el Reloj Rojo de Reinaldo, insignia suprema de los « Dos y cuarto ».

Por eso no dudaba Reginaldo en aquel momento de que Stella hubiese escogido ese rincón sagrado de sus amores donde se comunicaron mutuamente la fe ciega que tenían en el renacimiento de la vieja patria gitana á orillas del Danubio para confiarle el formidable secreto que encerraban esos dos nombres: Regina-Stella!

Y es lo cierto que difícilmente habría podido imaginar ella una manera más clara de hacerle comprender la verdad: *Stella le daba la cita y Regina la cumplía.*

Apresuróse para penetrar junto con la joven á los jardines, mas cuál no sería su asombro al ver que la dama del velo se devolvía tranquilamente como cualquier paseante que, ya cansada, regresa de nuevo á su carruaje.

Sin duda creíase á solas en aquel retirado rincón del Prater, pues había levantado el velo y mostraba el mechón blanco tan conocido. Reginaldo, convencido de que era « la colchonerita », díjole tendiéndole las manos: Stella!

La princesa pareció extrañarse momentáneamente al ver á Reginaldo y sin dignarse responder á un nombre desconocido y á un ademán incomprensible, miró á « su caballero » con tal desprecio que parecía decirle: « ¿Cómo os atrevéis á presentaros en mi camino? »

Luego se alejó tranquilamente con su noble y armonioso andar.

Reginaldo permaneció como enclavado en la tierra, los brazos caídos y abiertos los ojos y la boca. Mas cuando sus grandes ojos abiertos pudieron ver á un tiempo mismo á la Princesa Regina que se alejaba con aire altanero y á Stella sonriente en el umbral de la puerta del jardín de Paumgartner... la boca de aquel

desdichado, valeroso, heroico y hechizado *ban* de Croacia se abrió mucho más y dejó escapar un grito que expresaba muchas cosas, desde el terror hasta la alegría y que casi era la locura.

— Buenos días, Reginaldo. ¿Qué de nuevo os sucede, mi buen amigo?

Reginaldo contempló á la mujer que así le hablaba, luego volvió la cabeza y pudo ver á la Princesa Regina que montaba en su carruaje. Entonces exhaló un suspiro y exclamó :

— Si esto se prolonga un poco más, me voy á convertir en un idiota!

IV

SIRVIENDO EN LA CORTE

Quince días después de los acontecimientos relatados en los anteriores capítulos y ocho días después de pasados los funerales del Archiduque Adolfo, despidióse Reginaldo de Myrrha y fué con sus maletas para la Hofburg, donde iba á comenzar sus lecciones.

El asunto arregláronlo la princesa Regina, el emperador, Brixen, Riva y la emperatriz Giselda, admirable poliglota, que deseaba desde hacia mucho tiempo aprender la lengua gitana, quizás la única que no conocía.

Extrañeza podría causar que en circunstancias tan difíciles para el Estado pudieran interesarse el primer Ministro y el gran maestro de la policía en la llegada á la corte de un pobre caballerizo que oficiaba al mismo tiempo de profesor; pero es preciso no olvidar que Brixen tenía pruebas inequívocas de la turbulencia revolucionaria del joven y no le disgustaba verlo capitular y servir en una corte que tanto había fastidiado con sus audaces empresas.

De ese día en adelante tendría el ministro entre sus